

Actitud de los hermanos Pinzón en el descubrimiento de América ✓

Con el eclipse del Imperio Romano de Oriente y Occidente, se habían oscurecido en el cielo de la Humanidad, durante la Edad Media, los conocimientos astronómicos de los egipcios y la excelsa cultura griega, en las ciencias, las artes y la industria, que los romanos llevaron a los pueblos de Occidente hasta las Columnas de Hércules.

Se había olvidado que Aristóteles fundaba la redondez de la Tierra en la sombra que ésta proyectaba sobre la Luna durante los eclipses parciales.

No se acordaban que Thales de Mileto representaba a la Tierra esférica, poblada de mares, islas y continentes, donde los antípodas se mantenían de pie en virtud de las leyes de gravedad de los cuerpos.

El desbarajuste administrativo había sembrado de castillos feudales toda la Europa antigua, en lucha constante de pueblo a pueblo, con las bibliotecas y la inteligencia cerradas a toda manifestación de cultura y de progreso.

Pero no hay noches eternas en la Historia de la Humanidad y el Renacimiento vino como la aurora de una época radiante, tanto más esplendorosa cuanto más largas y oscuras habían sido las horas de receso.

Al despertar de aquella noche tenebrosa, el Quijote humano que había soñado con toda clase de aventuras, lo natural era que buscase el desayuno y la fiebre de ensanche comercial tomó los caracteres de una locura verdadera.

Los señoríos feudales resultaban una estrecha alcoba; el **non plus ultra** de las Columnas de Hércules se abrió de par en par y las islas Canarias, Azores, Madera y Cabo Verde ensancharon los dominios de la Península Ibérica.

Gutenberg con la imprenta difundía las luces entre los hombres, resucitando los conocimientos del Egipto, Grecia y Roma. Toscanelli con sus cartas geográficas, ensanchaba día tras día la superficie de la tierra y los confines de los mares.

Los viajes de Marco Polo corrían de boca en boca, ponderando las riquezas del Oriente.

Los portugueses al correr las costas occidentales del Africa y doblar el cabo de Buena Esperanza, abrían el camino por agua, más o menos costero siempre, pero que garantizaba la vida de los animales y las plantas en la región ecuatorial.

Colón, el viajero y comerciante en libros, conocía todas esas cosas; había oído hablar a los marinos del viaje de los normandos a las

costas de Terranova y Nueva York. Conocía la tradición de la isla de las siete ciudades, y la idea de navegar al Occidente llegó a arraigarse de tal modo en su cerebro, que constituye el derrotero de su vida.

En 1845 se presenta a la Corte Española, sin haber logrado llevar a cabo sus proyectos, durante catorce años de residencia en Portugal, a pesar del decidido apoyo que el Rey don Juan II daba a todas las expediciones encaminadas a ensanchar los dominios comerciales en la ruta iniciada hacia el Oriente.

Su mal talante de mercader de libros hizo desconfiar en un principio de sus proyectos, calificados de quiméricos: pero los sabios de la Universidad de Salamanca rompieron el hielo de incredulidad española y al año siguiente aparece Colón como privado de la Corte, con promesa formal de que al terminarse la guerra que los Reyes Católicos tenían empeñada con los moros, se procedería a realizar sus aventuras.

Consejero a veces, enrolado en aventuras amorosas otras, guerrero cuando el caso lo exigía, aburrido por lo interminable de la guerra, pasó Colón largos siete años en España, hasta el 2 de enero de 1492, en que los pendones de Castilla y de Aragón ondearon en las torres de la Alhambra, desterrando para siempre de España el dominio de los moros.

Decepcionado quizá Colón por la tardanza en resolver su negocio, o halagado por los atractivos de la vida de la Corte, manifestó pretensiones tan altas sobre las tierras que descubriese, que su proyecto fracasó por completo, yendo a refugiarse con sus venas al Convento de Santa María de la Rábida, donde Fray Juan Pérez, antiguo confesor de la Reina Isabel le dio alojamiento.

Allí expuso de nuevo sus proyectos a Fray Antonio de Marchena y logró reanudar las relaciones interrumpidas con la Corte, hasta el extremo de cristalizar en hechos reales la ejecución de su sueño dorado.

Colón había entablado relaciones con Martín Alonso Pinzón, marino experto, rico y emparentado con la gente de mar en el puerto de Palos. Estas relaciones, hechas en el Convento de la Rábida, convertían el proyecto colombino en una hazaña perfectamente realizable.

Los músculos de hierro de Pinzón quedaban al servicio del genio explorador, y las naves tripuladas en el puerto de Palos tenían que llegar por fuerza a los confines del Atlántico.

Los pendones de Castilla y Aragón, que flameaban en las torres de Granada, estaban destinados por la Providencia Divina a dar la vuelta al mundo, para que en sus dominios jamás se pudiese el Sol.

Colón había fracasado en Portugal, había fracasado dos veces en la Corte Española y, a pesar de las capitulaciones de Santa Fe, que lo autorizaban, con el carácter de Almirante, para requisar embarcaciones y marineros, no logró terminar los preparativos del viaje hasta que Martín Alonso, con la hidalguía de un castellano viejo, puso a sus órdenes todos sus caudales e influencia incomparable, ofreciéndose personalmente, él y sus hermanos, a compartir los riesgos de semejante empresa.

Nadie dudaba ya del éxito: se alistaron tres carabelas: la Pinta, capitaneada a la cabeza, por Martín Alonso; la Santa María, donde iba el Almirante, ocuparía el centro; y la Niña, a retaguardia, al mando de Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso.

Cuarenta tripulantes hacían el servicio en cada una de las naves; mas pudiera decirse que todos formaban una sola cepa de marinos, cuya voluntad estaba representada por Martín Alonso Pinzón.

La autoridad moral del Almirante, en su carácter de extranjero y soñador, se hallaba reducida a las credenciales de la Corte; pero Martín Alonso había estudiado el asunto en todos sus aspectos, yendo a consultarlo hasta la Biblioteca del Vaticano, y atendía a los detalles de la expedición con el interés que reclamaba el arrojo de los marinos españoles, sus familiares y amigos íntimos.

En tales condiciones se hicieron a la vela el 3 de agosto de 1492; pasaron por Canarias para reparar algunas averías de poca monta y continuaron su viaje a la región de lo desconocido.

Con viento en popa y mar serena durante muchos días navegaron hacia el Oeste, en una distancia mayor de ochocientas leguas. Antes de ocultarse el Sol se ponían al habla los tres capitanes para cambiar impresiones, y las carabelas seguían su marcha durante la

noche y el siguiente día, sin mayores cantratiempos.

La persistencia de los vientos del Este y la variación magnética en las brújulas de abotido, infundían cierta desconfianza en la tripulación de la Santa María, a tal extremo que el 6 de octubre pidieron al Almirante su regreso a España, con tanta persistencia que Colón llamó a parlamento a las naves auxiliares.

Vicente Yáñez Pinzón le contestó, desde la borda de la Niña, Señor: tenemos provisiones para un año, recorramos dos mil leguas y si no damos con la tierra que hemos salido a buscar, regresaremos a España".

Enterado Martín Alonso de lo que se trataba, replicó: "Ahorque Vuesa Merced media docena de los revoltosos o tirelos al mar y sigamos adelante".

Aquella voz de trueno era demasiado conocida de los marineros para que no aplacase la tormenta.

Martín Alonso tenía además el sentido de orientación de las palomas mensajeras y propuso al Almirante que variasen el rumbo al Sudoeste: antes de tres días las aves marinas revoloteaban alrededor de las carabelas y dos días después arribaba la Pinta a las costas de la isla Guanahani, cual si fuese Martín Alonso la Estrella de los Reyes, que guiara aquella expedición.

El 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, patrona del Rey aragonés, toma posesión el Almirante de las tierras descubiertas y se declara Gobernador y Visorrey, haciendo leer en alta voz las capitulaciones de Santa Fe.

Aquel documento se había hecho en la Corte entre Colón y el Escribano Real, y aunque Martín Alonso y sus allegados pudieron conocerlo, al ponerse en vigencia los dejaba sin participio alguno en el descubrimiento de América, al menos desde el punto de vista económico.

Colón había llegado pocos meses antes al Convento de la Rábida en calidad de peregrino, y regresaría Visorrey y señor de un mundo nuevo; Martín Alonso había comprometido su fortuna y la tranquilidad de su pueblo nativo y regresaría agobiado por el peso de las reclamaciones, inclusive las del propio Almirante, porque no tenía siquiera una letra escrita que amparara sus derechos.

Después de reconocidas las Lucayas, se descubrió la isla de Cuba; pero su admirable vegetación, la belleza de las costas y el canto de las aves no eran el tesoro que se perseguía. De allí se encaminaron a Bebeque. Colón dio sus órdenes y el rumbo que debía seguirse; pero una vez entrada la noche volvió hacia atrás, sin que Martín Alonso se enterase de la contra-orden, porque la noche era oscura y las luces de la Capitanía no podían distinguirse a través de la intensa niebla de noviembre. A eso llama Washington Irving una deserción de Martín Alonso, quien seguía las órdenes del Almirante, recibidas al ponerse el Sol, y arribó a las costas de Babeque, descubriendo la isla Española, y viéndose obligado a permanecer durante mes y medio alejado de sus compañeros.

Entre tanto, Colón perdía la nao Santa María en las costas de Haití y con sus despojos levantaba el Fuerte de Navidad, para dejar en él a 37 españoles, que jamás volvieron a la Madre Patria.

Desde que Colón y Martín Alonso volvieron a reunirse el 6 de enero de 1493 en el mar de las Antillas, el Almirante se mostró menos comunicativo con su compañero de viaje; el marino español, por su parte, podría decir como Bolívar: "me separé del mando desde el momento en que me convencí de que desconfiabais de mis procedimientos".

Una vez arreglado el viaje de regreso, Martín Alonso ocupó la retaguardia. Vicente Yáñez Pinzón iba delante, al mando de la Niña como había salido de las costas españolas, pero llevando esta vez a su bordo al Gobernador y Visorrey de las Indias Occidentales.

Colón a su regreso tocó en las islas Azores, corriendo el peligro de que los portugueses lo hicieran prisionero, y después entró en la bahía de Lisboa, donde el Rey Juan II tenía por fuerza que enterarse del éxito de su viaje al Poniente. Martín Alonso dirigió su nave a las costas españolas; llevaba el alma dolorida por el abandono en que quedaban, a su juicio, los amigos que el Almirante dejara en el Fuerte de Navidad, y necesitaba sufrir entre los suyos lo que él presumía una desgracia inevitable. No hay, sin embargo, una sola queja de Martín Alonso: aquella alma templada al estilo de los aceros toledanos, entermó a su regreso y murió en el Convento de

la Rábida algunas semanas después, legándonos un ejemplo sublime de arrojo y abnegación al servicio de la Patria.

El mismo Colón tuvo que sufrir contrariedades posteriores, pues nadie llega al pináculo de la gloria sin pasar antes por el calvario de la vida. Todos los fenómenos de la Naturaleza están sujetos a la ley inmutable de la luz y de la sombra, y ningún mérito tendrían los genios que marcasen una estela brillante desde su nacimiento hasta la muerte, como no apreciaríamos el valor de los rayos solares si no disipasen las tinieblas de la noche.

Por lo que respecta a Vicente Yáñez Pinzón, continuó siempre al servicio de la marina española; descubrió la península de Yucatán y es autor de un derrotero a las costas del Brasil.

Pudiera decirse que aquella legión de marinos españoles que tomaron parte en la Odissea de las Américas, en que aparecen los hermanos Pinzón a la cabeza, consagraron sus vidas al servicio de la Humanidad, porque ensancharon los confines de la Tierra, exten-

diendo la civilización hacia el Poniente e iniciando la formación de veinte naciones, al amparo de un solo Dios y con los caracteres de una raza más o menos homogénea.

Se ha dicho que vinieron al Nuevo Continente en busca del oro, porque ese era el ideal de aquellos tiempos y la hidalguía española no podría sustraerse al ambiente de aquella época; pero antes que ningún otro pueblo de la Tierra, levantaron ciudades en América, como México y Lima, superiores en la cultura de su tiempo a Londres y París, que es el mayor elogio hecho por un comentarista norteamericano.

Colocados nosotros en la garganta del Nuevo Continente, debemos levantar en este día un tabernáculo, en que aparezcan la Reina Isabel, Colón el visionario, y los hermanos Pinzón, representantes de los insignes marinos españoles, a quienes debemos la vida y lo que somos.

Anastasio Alfaro

Tomado de el Eco de Alajuela.